

EL LADO OCULTO DEL YO Y DE NUESTRO ENCUADRE: LO QUE EL COVID-19 NOS ENSEÑA SOBRE EL LUGAR EN DONDE VIVIMOS Y TRABAJAMOS¹

Martin Gauthier²

En Canadá, como en todas partes, la pandemia actual tiene consecuencias terribles, pero abre también un campo de experimentación nuevo y amplio. Estamos inmersos en un laboratorio inmenso, cuya extrañeza no debería borrarse demasiado rápido, aunque el Yo odie perder su orientación a través de lo familiar. Es esta familiaridad habitual que se hizo añicos con el encierro de manera repentina lo que primero quisiera cuestionar. En las nuevas condiciones de subjetividad creada por la situación político-sanitaria, así como en las nuevas condiciones del ejercicio del psicoanálisis, hay crisis; y esta crisis pone en relieve el proceso complejo y continuo de subjetivación llamado narcisismo; un proceso que trabaja para mantener la unidad del Yo. ¿Cuáles serán las consecuencias de la transformación actual de las condiciones de subjetivación? Esto será todo un horizonte para la investigación.

A medida que se va desplegando, la situación política y sanitaria por la que atravesamos se va escribiendo como un libro con capítulos que se encadenan sin que sepamos lo que viene a continuación. Todavía estamos en estado de shock y aún no tenemos la distancia necesaria para una verdadera elaboración après-coup. El contexto no es necesariamente traumático - sin duda estamos trabajando con nuestros pacientes para prevenir un curso traumático como tal, así como también tendríamos que tener una definición común de trauma- pero la situación

¹ IPA-Webinar. French-Covid: "El accidente del covid en el corazón humano", Domingo 10 de Mayo, disponible en <https://www.ipa.world/IPA/en/IPA1/Webinars/frenchcovid.aspx>

² Psiquiatra y psicoanalista infantil, miembro de la Sociedad Psicoanalítica Canadiense y la Sociedad Psicoanalítica de Montreal.
Ex Director del Departamento de Psiquiatría y Director Académico de la División de Psiquiatría Infantil de la Universidad McGill.
Ex presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Montreal, ex presidente de la Sociedad Psicoanalítica Canadiense.
Ex Director del Instituto Psicoanalítico de Montreal y ex Representante de América del Norte en la Junta Directiva de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

es ciertamente una crisis colectiva e individual sin precedentes en nuestras vidas. El temblor creado actuó como una pérdida repentina seguida de esfuerzos de reunión, con el carácter extraño que la ruptura infunde, como Freud (1915) lo describió frente a la muerte de un ser querido, cuya extrañeza surge con la muerte. Esta vez, toda nuestra relación con el mundo ha estado marcada por un nuevo escepticismo. Nuestras percepciones de la realidad exterior fueron cuestionadas de repente, al igual que nuestra capacidad de expresarnos desde nuestra realidad interna. El Yo se encuentra en crisis, particularmente en su trabajo de prueba de realidad.

No obstante habíamos visto las fotos de las calles desiertas de Wuhan, teníamos noticias de China y sabíamos que la OMS había declarado una emergencia internacional desde el 30 de enero, a finales de febrero, cuando (la pandemia) golpeó Europa, los mensajes de alerta encontraron oídos distraídos en Canadá (y otros lados), cuando los quebequenses se preparaban para sus vacaciones escolares. El descuido prevaleció siempre. No fue sino hasta el 13 de marzo, en el espacio de unas pocas horas, que pasamos de medidas muy recientes de distanciamiento social a un encierro completo. Incluso entonces, las preocupaciones crecían lentamente y el peligro permanecía bastante virtual. Nos gustaba pensar que lo haríamos mejor que nadie y que seríamos poco afectados. ¡Sin embargo! Quebec fue golpeado con fuerza rápidamente y ahora cuenta sus muertos, especialmente entre los más viejos, hacinados en nuestras instituciones de "atención de largo plazo". Falta de preparación, negación, omnipotencia: a pesar de todas las señales de la realidad externa, ¡la mesa estaba puesta para el impacto traumático del choque pandémico! Nuestras ilusiones de control e invulnerabilidad eran socavadas. La situación de pandemia llegó a arrojar una cruda luz sobre la parte oculta del Yo.

En un texto muy freudiano y actual titulado ¿Es paranoica la realidad? Nathalie Zaltzman (1998) recordaba cuán desafiante es decidirse a representar el estado real del mundo exterior para la mente humana, que prefiere sin lugar a dudas borrar la distinción entre Yo y no Yo. Con la crisis pandémica, notemos primero lo poco preparado que permanecía el Yo a pesar de todas las señales de

advertencia que teníamos. Lo que cuestiono, más allá del shock traumático, son las condiciones de despreocupación previa; una despreocupación mezclada con omnipotencia y negación que favorece la ceguera y la falta de preparación. Se destacan los fundamentos mismos del Yo y sus relaciones con sus aspectos más indiferenciados. Es fácil ignorar esta cara oculta, aquella en la que se tejen los vínculos más primitivos del Yo y donde, a través de ellos, se ancla la relación con el cuerpo social. Nuestra autonomía personal, con su aire de omnipotencia, descansa en el lado oscuro de nuestra vulnerabilidad y de nuestra dependencia. El Yo funciona así, queriendo saber poco de su dependencia, saber poco acerca de su cara oculta sumergida en el narcisismo originario y en el terreno social.

La institución del Yo es un reino que tiene sus raíces en el terreno común y no puede olvidar de dónde viene, a riesgo de un recordar traumático. La amenaza ecológica se perfila en la lista de llamados. El espejo social también nos devuelve, en estas horas oscuras, la imagen de una sociedad construida sobre la negación de esta dependencia, especialmente en nuestro trato con los más vulnerables, aquellos a quienes ya habíamos confinado mucho antes del encierro general.

La pandemia llegó para confrontar las relaciones del Yo consigo mismo y con el mundo. La economía objetal se ve largamente afectada, pero el trauma es ante todo de esencia narcisista: el Yo es atacado en dos frentes, por la amenaza externa que representa el virus y las medidas sanitarias y en el frente interno, por la dependencia que se ha exacerbado. Contagio y confinamiento socavan sus fronteras. La subjetividad es la primera que recibe el golpe. Se amplifica la extrañeza del mundo y se debilitan los lazos que se creían duraderos. El encierro llegó a romper la ilusión íntima de una identidad propia con este mundo, reforzando los mecanismos anales asociados con el odio frente a lo que se impone y se rechaza a la vez, lo que se ataca y se escapa. Estamos inmersos en el recuerdo de una experiencia originaria de separación, con todas las proyecciones que promueve y la paranoia que acentúa la invisibilidad viral. También hay un ataque al cuerpo, nuestra frontera natural entre Yo y mundo, que favorece la retirada de la psique, a pesar de que ésta, sin todos sus fundamentos corporales, no necesariamente sea capaz de crear. Por lo tanto, el Yo se torna

fácilmente hacia un intento de anclaje mediante una relación adictiva a la información y con mucha distracción y entretenimiento, actividades que las autoridades políticas alientan para calmar la ansiedad y mantener a la comunidad disciplinada.

En el espacio insular de confinamiento, la soledad se vuelve profunda, se acentúa el escepticismo, se normaliza lo esquizoide. Sopla un viento de nostalgia por la época en que éramos uno con el mundo, donde éramos medidos por la ilusión de serlo todo o donde podíamos sostener/calmar mejor nuestro deseo de serlo todo. Un sentimiento de futilidad también puede inmiscuirse cautelosamente y socavar la otra movilización, la transición que apunta a revitalizar nuestros lazos externos. La pandemia tiene el peso de una caída.

Nada es más contagioso que el modo paranoico... Sin embargo, en cuanto a nuestra práctica, el mensaje general que escucho a mí alrededor es bastante positivo en relación a las circunstancias, lo que plantea preguntas. Porque desde la perspectiva del encuadre analítico, el salto también es cuántico. Si el encuadre prueba realmente ser un proceso cómplice del lado oculto del Yo, como dijo José Bleger, también revela su articulación esencial con la envoltura social que lo hace posible; lo que saben muy bien y desde hace mucho tiempo los colegas que trabajan en regímenes políticos hostiles al psicoanálisis, con las condiciones de práctica que esto crea.

Con la pandemia, la realidad externa está afectando al analizado y al analista, tanto por la amenaza viral como por las medidas político-sanitarias adoptadas. Si nuestro encuadre es a veces sacralizado y objeto de guerras religiosas; si este encuadre está, en el mejor de los casos, en una relación tangencial con la realidad externa para favorecer el despliegue completo del escenario sexual y psíquico; esta vez nos vemos obligados a reinventarlo nosotros mismos, recurriendo a los canales de comunicación aún disponibles (si no queremos suspender repentinamente el trabajo realizado, y esto por un período indefinido). Nos hemos convertido en nómadas, siguiendo a nuestros pacientes adonde nos lleven. Mediante este gesto creativo, damos testimonio del compromiso con nuestros pacientes y demostramos una flexibilidad que modifica las investiduras; un gesto

que es necesariamente seductor y figura una inyección libidinal por parte del analista. Esto ocurre, sin tener en cuenta los ajustes adicionales que son necesarios para preservar el encuadre en estos tiempos de crisis, incluso en el manejo del silencio durante la sesión. La asimetría anterior se ve interrumpida no solo por la amenaza de pandemia que pesa bilateralmente sobre los dos protagonistas, sino aún más por los pequeños ajustes que modulan la topografía relacional.

Con la interfaz que permite el teléfono o lo digital, nos sentimos totalmente enlutados de la co-corporalidad. El contacto se establece por la voz o por la imagen de una pantalla bidimensional. Ya he hecho comparaciones entre esta pantalla bidimensional y el escudo de Perseo que son de otro orden, pero quiero concluir aquí con otra pregunta porque el trabajo analítico continúa y parece estar siendo productivo. Cierto es que la constricción espacial impuesta por el confinamiento encuentra su contraparte en los límites de la acción sobre el otro en tanto distancia; cierto es también que la acción encuentra nuevas expresiones (especialmente por los lugares a los que nuestros pacientes nos llevan en la sesión, o por diversas expresiones de fantasías de desnudez); igualmente cierta es la dimensión del Superyó que se reorganiza, en particular cuando es por teléfono y en ausencia de la mirada; por último, la atención no flota como antes sino que está más concentrada en los sentidos aún disponibles.

Sin embargo, sigue siendo fascinante ver cuánto la mente compensa y, estando absolutamente sumergida, llena los vacíos para restaurar rápidamente todas las apariencias de un encuadre estable, necesario para representar lo que está transformando.

No obstante, me queda una pregunta por plantear: ¿Es el trabajo tan profundo y significativo como parece? ¿Podría el encuadre remoto actual, anti-traumático en su base, ser un refugio que demostrara ser más fragmentado de lo que parece actualmente en algunos pacientes? ¿Qué pasa con el deseo común y bilateral de superar la crisis juntos? ¿La amenaza externa enfoca toda la persecución en sí misma? ¿Qué pasará cuando regresemos a la consulta?

En el contexto actual, lo que me parece feliz es que la pérdida de condiciones analíticas previas y sus consecuencias son verbalizadas por la mayoría de mis pacientes; se elabora el duelo -lo que no es el caso cuando el análisis de distancia pretende ser sin pérdidas, o equivalente. Si el trabajo analítico prosigue, si las nuevas condiciones del encuadre lo modifican, sería falaz pretender que el psicoanálisis sea el mismo. El psicoanálisis ha sido infectado. Ya no puede simplemente pretender regresar al status quo anterior.

M. G.

Email: martin.gauthier3@sympatico.ca